

Pentecostés

Ciclo A

“Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo;
recibid el Espíritu Santo” Juan 14, 1-12



- **Hechos 2,1-11** “Se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar”
- **Salmo 103** “Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra”
- **1 Corintios 12, 3b-7.12-13** “Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo”
- **Juan 20, 19-23** “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo; recibid el Espíritu Santo”

Reflexión y oración

- Ruego por pedir el don de comprender el Evangelio y poder conocer y estimar a Jesucristo y, así, poder seguirlo mejor. Apunto algunos hechos vividos esta semana que ha acabado
- Leo el evangelio, después contemplo y anoto lo que me ha llamado la atención.
- Ahora apunto aquello que descubro de JESÚS y de los otros personajes, la BUENA NOTICIA que escucho... veo

Me paro, y miro si el Espíritu, que he recibido yo también, me permite de ver “al Señor” presente – incluso- en lugares dónde nunca lo buscaría

- Y vuelvo a mirar la vida, los HECHOS vividos, las PERSONAS de mi entorno... desde el Evangelio ¿veo?
Y agradezco el descubrir personas me dan testigo como “apóstoles” –enviados por Jesús–. Y me descubro a mí mismo como enviado por Jesucristo a otras personas para hacerlos participar de su proyecto.
- Descubro la llamadas que me hace -nos hace- el Padre hoy a través de este Evangelio y pienso en un compromiso personal.
- Finalizo el diálogo con Jesús dando gracias y pidiendo en mi oración

Notas para fijarnos en el Evangelio

Jesús “sopló sobre ellos” (22): Esta expresión nos trae a los orígenes, a aquello que Dios hizo para dar vida al “hombre” a quien había modelado del polvo de la tierra: Le infundió el aliento de vida, y el “hombre” se convirtió en un ser vivo (Gn 1,2; Gn 2,7; Ez 37,9; Sb 15,11). De esta manera el Evangelio nos dice que Cristo Resucitado, dándonos el Espíritu, es el Creador de la Humanidad Nueva, de una Vida Nueva (1,33; 7,37-39; Rom 5,5). Esa nueva creación no es otra que la nueva sociedad, el reino de la fraternidad, la igualdad y la paz. Es decir, el Espíritu de Jesús empuja en la dirección de la creación de la nueva sociedad. No se trata de dones extra-históricos sino de la total colaboración de Dios para que lo humano triunfe, para que se plenifique la vida, para que se cumpla el “proyecto” de Dios sobre la historia (Jn 1,1).

- ¿Qué hace el Espíritu? Es por la acción del Espíritu Santo que:
 - ◊ Cristo vive en medio de nosotros y en cada uno de nosotros (14,16-17; 16,7);
 - ◊ Cristo nos comunica su vida de Resucitado (15,16; 1Jn 5,6-7) y confundirá la incredulidad del mundo (16,8-11; Rm 5,5)
 - ◊ podemos comprender la personalidad misteriosa de Cristo: como ha dado cumplimiento a las Escrituras (5,39); sobre el sentido de las parábolas (2,19), de sus actos, de sus señales (14,16; 16,13; 1Jn2,20s; Rom 8,16), todas las cosas que los discípulos no habían comprendido anteriormente (2,22; 12,16; 13,7; 20,9) estimar;
 - ◊ podemos “ver” (20) al Señor (Jn 3,3; 14,19; 20,24.29) –es “el ver” de la fe, el “ver” que llena de alegría–
 - ◊ y podemos acoger sus presencias: en la Iglesia reunida (Mt 18,20), en la Escritura proclamada como Palabra viva (Rm 10,17), en los Sacramentos (1Co 11,24-25) y en la vida, en las personas –sobre todo los más pobres– y en los acontecimientos (Mt 25,40.45; Lc 12,54-13,5; 17,21);
 - ◊ podemos pasar a la acción y dar la vida por los otros, como ha hecho Cristo (Jn 15,13), abiertos a la esperanza del Reino de Dios (Mc 4,26-29; Rom 5,5).
- Es porque tienen el Espíritu, por lo que los “discípulos” (19) pueden ser “enviados” a continuar la misión de Jesús, la misma misión (21). Aquí, esta misión se concreta con el anuncio del perdón de Dios (23), fuente de regeneración. Sus seguidores tendremos que concretar este espíritu de paz y reconciliación de formas distintas (Jesús no concretiza ninguna forma).
- Juan habla de “discípulos” (19), no de “apóstoles”, refiriéndose a quienes estaban reunidos en un mismo lugar y para una misma cosa, reunidos con Él, formando Iglesia. Con la palabra “discípulos” acentúa la adhesión a Jesús, el seguimiento de su persona. La identidad del “apóstol” – “enviado” (21)–, por lo tanto, pasa por ser, primeramente, “discípulo”. No se puede dar lo que no se tiene.
- El “apóstol” es aquel “discípulo” a quien el Resucitado envía. El “apóstol”, pues, nunca parte de la propia iniciativa sino de la iniciativa de Otro. Siempre se refiere al Proyecto de Otro: el Proyecto de Dios que ha estimado tanto el mundo que le quiere dar la vida (Jn 3,16) dándose a conocer (Jn 7,26). El “apóstol” –el/la militante cristiano/a– es la persona que da a conocer, con la palabra y la acción, este Dios que ha manifestado su amor y ha dado la vida en el hombre Jesús de Nazaret (Rm 1,5; 15,18).
- La acción de los apóstoles sólo tiene sentido y eficacia en cuanto que han recibido el Espíritu (22) y, por lo tanto, la suya es la acción de Dios mismo, no paso nada que se hayan inventado. Como la acción del mismo Jesús, que era la acción de quien les había enviado (21).
- De hecho, en la Iglesia todo depende del Espíritu Santo recibo. No nos inventamos nada que no sean medios adecuados y coherentes. En la celebración de la Eucaristía, por ejemplo, si reconocemos la presencia del Señor –y no sólo en la Palabra y el Sacramento– es por el Espíritu que se nos da. Si no fuera así, no sería fácil decir que Jesús está presente en la reunión, cuando quizás hay gente que no nos cae bien. Tampoco sería fácil de creer –nos lo recuerda el envío del final– que lo encontraremos en la vida, en los pobres, en la familia, en medio del mundo y de la sociedad (en el centro de trabajo o de estudio o a la plaza o en las asociaciones...).

COLOQUIO

Jesús,
Tú siempre en medio de la comunidad,
entre nosotros,
ahí es donde quieres estar;
cuando las puertas están cerradas
y el miedo es grande, solemne.

Miedo a todo y por todo:
por el pan de mañana,
por las propias fuerzas,
por los mismos compañeros,
por los malos augurios de los soberbios de la tierra.

Jesús,
con el costado y las manos heridas,
ofreciéndonos la paz,
la paz de cada día,
tan urgente como el pan
que lo anuncia y lo encamina.

Y con la paz la alegría,
el contento y el gozo,
ese fruto que ha madurado
en las ramas de la fe firme
y de la esperanza trabajada.

Jesús,
enviados por ti, por ti mandado
para vestir de fiesta
los lutos y luchas de esta tierra.
Envueltos sí que andamos
en alientos de aplastados,
pero ¡que fuerte y poderoso
ese aliento tuyo para los cansados!

Jesús,
en medio de la comunidad,
abriendo las puertas,
los miedos desechados.

(Traduciendo a M.Regal,

Un caxato para o camiño, pp154-155)

¡¡ABRELE LA PUERTA AL ESPIRITU!!

¡Llegó el Espíritu!
¿No lo sientes?
¿No lo escuchas como llama a tu puerta?
Ábrele y alégrate con él.
Ábrele
y déjale que revuelva tu casa toda.

Están las cosas demasiado fijas,
demasiado ordenadas.
Poco a poco, casi sin quererlo,
fuiste cerrando todas ventanas;
todo esta enmohecido y huele a cerrado.

Están las cosas demasiado tranquilas,
demasiado muertas,
en tu parroquia, en tu barrio o pueblo.

No piensas en nada nuevo y diferente.
Estas cansado.

Estas demasiado convencido
de que todo ha de ser como es,
aunque todo esté y vaya mal.

¡Ábrele la puerta al Espíritu!
¡Te hace brecha!
¡Ábrele, y verás!

Están las cosas muy tristes
en esta tierra de hierro y cemento,
de gorriones y jilgueros,
de geranios y camelias.

¡Ábrele la puerta al Espíritu!
Y te harás constructor de la tierra nueva
y los cielos nuevos
que Dios regala a quien lucha.

(Parafraseando a M.Regal,

Un caxato para o camiño, p125)



VER

Normalmente estamos ocupados en atender las cosas de cada día, con su carga de trabajo, quebraderos de cabeza... Y, sin darnos cuenta, va pasando el tiempo: días, semanas, meses, años... pero llega un momento en que nos preguntamos: 'Y todo eso, ¿para qué?' Es una pregunta que muchas veces no nos hacemos, pero que es muy importante: es la pregunta por la finalidad, el objetivo de lo que hacemos cada día y que tanto nos absorbe. Y, si no encontramos una respuesta válida, todo eso acaba convirtiéndose en una rutina sin sentido que no nos lleva a ninguna parte.



JUZGAR

Hoy estamos celebrando la Solemnidad de Pentecostés, con la que termina el tiempo de Pascua. Durante muchas semanas hemos celebrado la Cuaresma, la Semana Santa y la Cincuentena Pascual; y hoy se nos invita a preguntarnos: 'Y todo eso, ¿para qué?'. Y hemos de encontrar una respuesta válida, de lo contrario, todo este tiempo habrá sido sólo 'una rutina', algo que hacemos todos los años, pero que no nos ha llevado a ninguna parte, que no nos ha aportado nada.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos ilumina para encontrar la respuesta sobre el sentido y la finalidad del tiempo Pascual. Hoy podemos echar una mirada atrás para tomar conciencia del camino recorrido y de los diferentes aspectos de la vida cristiana que han aparecido a la luz de la Palabra y de la reflexión que estamos realizando en Valencia sobre las futuras orientaciones pastorales diocesanas.

En el Evangelio, lo primero que Jesús ha dicho a los discípulos es: "Paz a vosotros". Uno de los fines del tiempo Pascual es alcanzar la paz interior que nos da el encuentro con el Señor Resucitado: ¿He encontrado esa paz, aunque esté inmerso en las dificultades y problemas cotidianos?

Y a continuación Jesús ha dicho: "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". La paz que el Señor nos da no es para 'estar bien' nosotros, y quedarnos en una especie de burbuja, sino para que podamos llevar adelante la misión evangelizadora a la que Él nos envía. Como indica el lema de esta Jornada de Pentecostés, somos "PUEBLO DE DIOS QUE SALE AL ENCUENTRO". Somos «una comunidad de discípulos misioneros, una comunidad donde cada bautizado es consciente y asume activamente su corresponsabilidad en la misión de la Iglesia. Esta conciencia nace de la certeza de que el mandato misionero no es una tarea reservada a 'especialistas', sino que pertenece a la naturaleza misma de la vida cristiana». (Tema 5) ¿Me siento enviado por el Señor, como discípulo misionero suyo, o no quiero implicarme en la misión? ¿Voy al encuentro de otros?

"Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo..." «La misión de la Iglesia no es obra suya, sino del Espíritu Santo. Sin el impulso y la fuerza del Espíritu Santo, es imposible consagrarse totalmente a la obra del Evangelio. Es como el 'Maestro interior' que forma a los discípulos, les recuerda las palabras de Cristo y los impulsa a anunciar la Buena Nueva a los pobres, sanar a los enfermos y liberar a los cautivos». (Tema 8) ¿Tengo presente al Espíritu Santo en mi oración? Si no he recibido la Confirmación, ¿me propongo recibirla, para madurar como cristiano?

Decía la 1ª lectura: "Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar". Y en la 2ª: "Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo". No somos cristianos 'por libre', el Señor quiso que fuéramos 'Iglesia', comunidad, y la misión la desarrollamos unidos: «La sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia en este tercer milenio. No es una moda ni un método organizativo. Significa caminar juntos como Pueblo de Dios, escuchando la voz del Espíritu, discerniendo en comunidad y participando todos en la misión evangelizadora». (Tema 4) ¿Me siento unido al resto de miembros de la Iglesia, estoy abierto al diálogo, o me encierro en mi parroquia, grupo, movimiento...? ¿Participo en iniciativas de la Diócesis?

"Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu". «La llamada universal se concreta en caminos diferentes. No todas las vocaciones son iguales, pero todas participan de la misma fuente. El bautismo es el fundamento de la vida cristiana. De esta común y primera vocación recibida en el Bautismo surgen las demás vocaciones» (Tema 8). ¿Soy consciente de mi vocación bautismal? ¿He descubierto mi vocación concreta como miembro de la Iglesia?



ACTUAR

El Señor nos ha concedido celebrar la Pascua. Pero Pentecostés no es un punto final sino que, por la fuerza del Espíritu Santo, es el punto de partida para que seamos "PUEBLO DE DIOS QUE SALE AL ENCUENTRO". Como discípulos misioneros, cada uno según su vocación pero en sinodalidad, sintámonos enviados por el Señor a anunciar el Evangelio de modo que quienes reciban nuestro testimonio también puedan decir: "cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua".